

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L. S. AMERY, *The Awakening: Our Present Crisis and the Way Out*. Londres: Macdonald & Co. 1948. Pp. 272.

El autor, miembro del Parlamento inglés por más de 40 años, esboza en su pequeño libro una historia económico-política de la Inglaterra que, después de siglos de seguir una política de expansión económica nacional y, posteriormente, de máximo desarrollo económico de su imperio, logró colocarse en la primera fila de las naciones occidentales, por su comercio, por su industria y por su poderío naval.

Las doctrinas librecambistas no tuvieron la participación en la grandeza de Inglaterra que muchos teóricos economistas e historiadores le atribuyen. Esa grandeza fué el resultado de siglos de seguir una política consecuente, basada en el máximo desarrollo de los recursos naturales con que ha sido favorecida Inglaterra y en la explotación sistemática de los territorios que forman su vasto imperio. Hace 100 años Inglaterra abandonó esa política y desde entonces ha venido siguiendo una trayectoria equivocada, pese a que hombres como Joseph Chamberlain ya divisaban el peligro que esas tendencias librecambistas entrañaban para el futuro económico y político del imperio inglés, frente al desarrollo y expansión de otros países europeos y de los Estados Unidos.

La ironía del destino es que, precisamente después de esta guerra, el gobierno inglés pasó a manos laboristas, dando cumplimiento a programas trazados 25 años atrás pero para cuya realización económica se habían agotado ya los medios necesarios, debido al desgaste sufrido en las dos últimas guerras mundiales.

Amery encuentra adjetivos muy fuertes para condenar la política norteamericana equivocada que se sigue actualmente, política que tiene por objeto acabar con el imperio británico y con todo esfuerzo que resulte mañana en la creación de un gran país industrial que pueda disputar la supremacía alcanzada por los Estados Unidos a consecuencia de las dos guerras. El problema inglés, según el autor, no puede resolverse ni por las doctrinas del *laissez faire* ni por las socialistas. El problema inglés es un problema de economía política en su verdadera acepción: un problema de ecología nacional que se ha tornado desequilibrada como resultado de los efectos paralizantes de falsas teorías. Dada la tecnología moderna, las bases materiales y de población de la economía inglesa son actualmente inadecuadas para asegurar la máxima eficiencia productiva y de competencia e incapaces de sustentar las responsabilidades internacionales del país ni su seguridad. Inglaterra podrá sobrevivir solamente en la medida en que pueda reorganizar la base material de su vida económica y política en una escala comparable

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

a la de las grandes unidades que tienen hoy gran poder económico y político como los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Lo que se dice de Inglaterra es igualmente aplicable a los países occidentales de Europa, cuyo porvenir económico y político descansa sobre la base de una íntima cooperación entre ellos y sus territorios coloniales. Pero la solución de los problemas tanto ingleses como europeos está en peligro por la rivalidad política y económica ruso-norteamericana. A pesar de que el peligro del comunismo existe para Europa, el peligro más inmediato para Inglaterra, asegura Amery, lo constituye la obsesión norteamericana de crear pequeñas unidades políticas en todo el mundo incapaces de cooperar en la solución de sus problemas comunes y, muy especialmente, la de evitar que Inglaterra logre consolidar los lazos que la unen a los países que forman su imperio. La actitud norteamericana de que Inglaterra no tiene derecho a mantener las preferencias imperiales es una negación del derecho que tiene el imperio inglés a subsistir.

El señor Amery critica punto por punto la política seguida por Inglaterra después de la última guerra, la restauración del patrón oro y todas las promesas hechas en conferencias internacionales de que se reducirían los aranceles. Lo que menos querían los países recientemente creados con los tratados de paz era la reducción de sus aranceles porque su deseo era el de consolidar el nacionalismo naciente. El retorno al patrón oro fué la mayor equivocación que pudo cometerse. Y el mundo pudo seguir operando bajo este sistema, cuyas bases habían cambiado, debido al empobrecimiento de Inglaterra, apoyado por los enormes préstamos norteamericanos al extranjero. Pero venida la crisis de 1930, todo el oro del mundo fué a parar a los Estados Unidos y vino la consecuente deflación. Con la crisis del oro vino la creación del área esterlina y el autor señala las ventajas que este sistema ha traído a los países asociados al mismo. Hace luego una larga historia de la "preferencia imperial" y de cómo este sistema ofrece las bases para crear una nueva prosperidad que no será ni del tipo del individualismo irrestricto de Estados Unidos, ni socialista como en Rusia.

En capítulos posteriores, el autor traza los orígenes y consecuencias de los convenios de Bretton Woods y los convenios financieros de Washington de 1945, que culminaron con el préstamo de 4,000 millones de dólares al gobierno inglés. Finalmente, considera que las propuestas comerciales del Departamento de Estado y el Plan Marshall tienden a la desaparición del imperio británico ante la acometida norteamericana.—*Gustavo Polit.*

EL TRIMESTRE ECONOMICO

R. M. MACLVER, *Causación Social*. Versión española de Moisés González y Eugenio Imaz. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 1949. Pp. 338.

Con un título tan aparentemente abstracto, *Causación Social*, R. M. MacIver trata un tema arduo, el de la investigación social, en la forma más analítica y concreta posible. Desde *Las reglas del método sociológico*, el libro clásico de Durkheim, no creemos que se haya hecho nada que se le pueda comparar por la dominadora y paciente penetración de todos los recovecos por donde tiene que andar cualquier estudio serio, científico, de los problemas de la convivencia humana. Mucho nos equivocamos si este libro no llega a ocupar, a la altura de los tiempos, el lugar que en los suyos ocupara tesoneramente el de Durkheim.

La distancia que los separa ha favorecido al libro de MacIver con toda la inmensa acumulación de estudios concretos de fenómenos sociales, en los que la concreción se ha materializado definitivamente con el desplazamiento del investigador desde su despacho, lleno de infolios, al terreno de los hechos, tantas veces lleno de pedruscos. Distráidos por los efectos espectaculares de la bomba atómica o de la penicilina, apenas si nos damos cuenta de que una de las grandes hazañas de nuestra época es el dominio científico que penosamente va conquistando sobre un material tan endiabladamente complejo y díscolo como lo social.

No es sino natural que el hombre de ciencia, sin salirse de su terreno, aborde problemas netamente filosóficos cuando necesita hacerse una idea clara de los supuestos fundamentales de su labor investigadora. Este esfuerzo germinal, tan característico de la ciencia social y de la psicología de nuestros días, se manifiesta también, con intención restauradora, en la física y en la biología. MacIver despacha esta complicación preliminar en la forma más sencilla posible, para pasar en seguida a examinar todas las modalidades y niveles de la investigación social. Algunos ejemplos negativos, como las pretendidas explicaciones que se vienen dando de la prostitución, de la delincuencia, de la disminución de la natalidad, podrán convencer al lector de la distancia infinita que separa la práctica usual de la investigación social, hasta en países que marchan en este terreno a la cabeza, de lo que hoy tiene ya que exigirse de una investigación seria.

También resulta reconfortante el ver cómo un hombre arraigado en un ambiente científico-natural llega por su propio camino, conducido por la naturaleza de las cosas, a decisiones metodológicas que no están muy lejos de aquellas sobre las que, procediendo de un ambiente bien diferente, llamó tan insistentemente la atención el viejo Dilthey.

Después de describir el "estado precario de los estudios sociales" (para

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

cuya tipificación le sirve el examen de los estudios más en boga sobre "las causas del delito") MacIver nos lleva a pasear por los "refugios" en que esta ciencia intensa se guarece de la precariedad: la manía megafónica de los ciclos, la explicación hipnotizadora por los orígenes, el metafísico antimetafisicismo de las causas claves, mal de nuestros días y de otros muchos.

Discrimina en el proceso social dinámico la causa como precipitante, como incentivo, como agente responsable, para centrar su investigación causal en el concepto de *ponderación dinámica* y el de *coyuntura social*, poniéndose así al arrimo de las dos máximas autoridades: la citada de Dilthey y la que, sin que se la cite, proyecta su sombra gigantesca en todos los intentos de esclarecimiento de la metodología social: Max Weber. Pero lo que resulta atormentado en este explorador denodado y escrupuloso, que lucha con la masa imponente de sus conocimientos, en MacIver lleva todo el alegre ímpetu y toda la seguridad realizadora de un pueblo lanzado empeñosamente a la faena de nuestros días: el conocimiento de la naturaleza humana por el estudio del hombre en compañía. Como lo valiente no quita a lo cortés, cualquier día esta acumulación honrada de conocimientos, inspirada por un deseo pragmático de no dejarse sorprender, hará que el perpetuo asombro del hombre ante sí mismo se perfile filosóficamente en una versión plena, de carne y hueso.—*Eugenio Imaz*.

J. R. Hicks, *The Problem of Budgetary Reform*. Oxford: Clarendon Press. 1948. Pp. 95.

Nunca como ahora se había hecho tan necesaria la obra del Dr. Hicks en lo que se refiere al estudio de las técnicas presupuestales para conciliar la divergencia existente entre los métodos tradicionales de llevar los presupuestos públicos y los métodos que dentro de las necesidades modernas son necesarios e indispensables para derivar resultados concretos que sirvan para orientar la política presupuestal de los gobiernos. La noción más generalizada de un presupuesto público es la que se refiere a llevar un registro de los ingresos y gastos del gobierno para determinar dos cosas fundamentales: 1) si existe un control efectivo de las entradas y salidas del dinero público y 2) si existe un superávit o déficit en dichos movimientos.

Estos objetivos en la actualidad resultan muy pobres a juzgar por algunas de las consideraciones que hace el Dr. Hicks con respecto a las finanzas públicas de la Gran Bretaña. En primer lugar, porque si bien las entradas y salidas de dinero están centralizadas, en el Tesoro y, por consiguiente, lo están también los movimientos seccionales de las diferentes dependencias del Gobierno, sin embargo, con motivo de la guerra, esta centralización tenía graves inconvenientes desde el momento en que algunas dependencias de hecho

EL TRIMESTRE ECONOMICO

tuvieron presupuestos propios o rendían sus ejercicios anuales en tal forma que oscurecían los resultados globales del ejercicio anual. En segundo lugar, porque los movimientos de ingresos y egresos, en realidad no arrojaban los resultados verdaderos de un superávit o déficit, a juzgar por el siguiente ejemplo dado por el propio Dr. Hicks: "Supongamos que el Ministerio de Alimentos compra 100 millones de libras esterlinas de productos alimenticios durante el año de 1948-49, las cuales no vende durante el año sino que los agrega a las existencias, y que durante el año de 1949-50 realiza dicha partida con una utilidad de 5 millones de libras. La transacción anterior resulta una transacción comercial genuina que las contabilidades privadas tratarían cargando los 100 millones de libras a la cuenta de capital en el primer año, abonando los 100 millones del precio de venta contra la reducción de las existencias en el segundo año y registrando 5 millones de utilidades en este último año. El sistema tradicional de cuenta pública registraría los 100 millones originales como gasto en el primer año, con lo cual fácilmente se pudiera convertir, con dicho movimiento, un superávit en un déficit presupuestal; podría también registrarse un ingreso de 105 millones como ingresos del segundo año, con lo cual, también, se podría convertir un déficit en un superávit."

Pero independientemente de que con mejoras en las técnicas contables se resolvieran los inconvenientes apuntados, se estima que, en el fondo, la principal contribución del Dr. Hicks en el análisis de las técnicas presupuestales estriba en señalar, al igual que otros autores de países sajones, la grave omisión que se refiere al problema de considerar suficientemente el aspecto económico de las actividades del Estado, a través del ejercicio anual de los presupuestos públicos. Con toda atinencia el Dr. Hicks ha hecho resaltar que con la expansión de los servicios del Estado y el crecimiento de la actividad comercial del mismo, la administración ya no es el elemento primario en el gasto gubernamental, ya que el objetivo último de la política presupuestal, desde el punto de vista económico, debiera ser el de contribuir a la estabilización económica, o sea a la consideración de las cuentas presupuestales dentro de los aspectos del ingreso y del gasto nacionales, con objeto de influenciar las tendencias de un ahorro excesivo o deficiente, cuyas causas últimas serían las de provocar el desempleo o la inflación.

Las soluciones propuestas por el Dr. Hicks consisten fundamentalmente en dividir las funciones del gobierno en funciones administrativas y en funciones comerciales, para lo cual afirma que en las primeras el gobierno actúa simplemente como pagador y en las segundas como banquero; que por lo mismo, si bien en el desempeño de sus funciones administrativas el gobierno puede seguir un sistema contable equivalente al que comúnmente se conoce como el sistema de caja, en el caso de desempeñar funciones comerciales debe adoptar un sistema contable de cuenta corriente, con el objeto primordial de vigilar "el capital del negocio". Por consiguiente, cada de-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

pendencia gubernamental que tenga actividades o funciones que impliquen el manejo de un capital, deberá registrar sus operaciones en cuentas comerciales por separado, sobre todo con la idea de hacer un cómputo de pérdidas y utilidades, de aumentos o disminuciones de activo, etc.

Sería imposible contener, en un breve resumen, todas las ideas apuntadas por el Dr. Hicks, en vista de su complejidad y de que dichas ideas se mueven en planos muy divergentes y variados. Pero a nuestro juicio, un problema fundamental que no escapa al Dr. Hicks, aunque no lo resuelve airoosamente, es el relativo a la conciliación que debe existir entre las necesidades contables y las necesidades de carácter económico. Si en el aspecto contable la división entre departamentos administrativos y departamentos comerciales parece satisfactoria, por lo que se refiere al aspecto económico, se tiene el problema de que, eliminados los departamentos administrativos del cómputo de los gastos de capital cuando las funciones de estos departamentos no tienen una naturaleza claramente comercial, resultan omisiones importantes por lo que se refiere al cómputo real del monto del gasto gubernamental empleado en la creación de bienes de capital. Por lo mismo, existe una clara divergencia: o se utilizan los métodos contables de acuerdo con departamentos administrativos y comerciales, caso en el cual sufrirían las cuentas del presupuesto público cuando se quisieran involucrar en el ingreso y gasto nacionales, o se tendría que llevar por separado las cuentas de capital tanto en las dependencias administrativas como en las comerciales, lo que significaría que en realidad se llevarían dos presupuestos. A nuestro modo de ver, lo importante no es establecer separaciones por departamentos sino separaciones por naturaleza de gasto; así, cualesquiera que sean las funciones de las dependencias gubernamentales, siempre se objetivará un gasto en cuenta corriente que en cierto sentido representará la función administrativa y otro en cuenta de capital, siempre atribuible a una función bancaria.

Estructurados los gastos de todas las dependencias gubernamentales por funciones administrativas y bancarias, habría manera de cumplir primero con las exigencias contables y después con las de carácter económico mediante ajustes que se hicieran al efecto con el establecimiento de técnicas apropiadas. Desgraciadamente, por lo que respecta a estas técnicas, todavía no existen acuerdos unánimes para la adopción de conceptos contables uniformes en las cuentas públicas, del mismo modo que existen para los conceptos contables de las empresas privadas, pero se tiene la impresión de que con el tiempo dicho inconveniente será eliminado.

Por último, conviene señalar la importancia que tiene este trabajo para los expertos mexicanos que se ocupen de estas materias, ya que si bien se pudiera decir que desde el punto de vista administrativo los presupuestos mexicanos tal vez cumplen con las finalidades de los métodos tradicionales, en cambio, tratándose del aspecto económico, existen graves deficiencias y omisiones que urge remediar.—*Armando Servín.*